

ERMITAS METELINENSES

VII Coloquios Históricos de Extremadura, ciudad
de Trujillo: Septiembre de 1977

Para el curioso turista o el hombre de ciencia que visita Medellín, que sube la empinada cuesta de nuestro castillo, que saca en escritura de crucigrama sobre su libreta unos apuntes y toma en sus cámaras las mejores perspectivas de este suelo. pródigo en panoramas de admiración y de siluetas dentadas con almenas de fondo y primeros planos de sus históricas torres, es obvio, no le pase ni por su imaginación, que además de la famosa muralla, cuyos restos aún podemos ver en las inmediaciones de San Martín, otro cerco espiritual rodeaba a nuestra villa en aquellos años de esplendor religioso, cuando Medellín contaba con sus arcedianos y sus arciprestes, con nombramiento directo del Pontífice.

A este segundo cerco, muralla de espíritu, que recogía en síntesis el sedimento tradicionalista de nuestros mayores, y a lo que yo llamaría «estrategia celeste», cuyos protagonistas principales eran la fe como fundamento, la religiosidad como exponente y manifestación de esa creencia y por último la confianza como remate y colofón de esa fe y de ese espíritu religioso en torno a sus santos.

Medellín, pueblo eminentemente religioso, regado frecuentemente con sangre de sus hijos martirizados, adornado con las estatuas vivientes de sus famosos, que junto a la espada en sus conquistas llevaban el catecismo y la cruz, sacó fuera de su recinto amurallado, como puntos de avanzadilla para defensa de

su espíritu, cinco garitas con espadaña, donde los esquilones eran como el clarín de alerta en el continuo vivir religioso del año litúrgico.

Repasando nuestra historia encontramos citas que, como huellas dactilares, no han podido borrarse, ni por la incuria de los tiempos ni por la profanación de los sacrilegos ocupantes de nuestro suelo, porque quedaron escritas en unos libros y en unos apunte que la Providencia ha ido salvando para hacerlos llegar hasta nosotros.

Es cierto que la vida, en el decurso de sus modalidades y sus apetencias, ha ocupado ya esos lugares donde estaban nuestras ermitas, las cinco garitas con espadaña de creación por cuyas aspilleras velaba en permanente guardia un San Raimundo en lo alto de un monte; un San Blas en la altiplanicie del mediodía; un San Pablo como si acabara de bajar de su barca, en la orilla izquierda del Guadiana; un San Miguel, como si quisiera con su flamínea espada arrojar de nuevo las tinieblas de la vida al aparecer los primeros rayos solares del amanecer, junto a la muralla romana y, por último, la ermita de los Santos Mártires, en plena llanura, junto a la antigua Calzada Romana, que unía Córdoba con Mérida, como un destacamento destruido y saltado, pero que su recuerdo es bravura y testimonio y lo es todo cuando se da a la vida, en el acto más noble y más heroico como es el martirio.

Los cuatro puntos cardinales de la fe de Medellín tienen en cada uno de sus vértices una ermita, una ermita histórica ya, una ermita símbolo, una ermita de recuerdo, pues a duras penas podríamos hoy localizar la ubicación concreta, donde un día recibirían culto estos santos, y que sólo a tientas en la penumbra de nuestra investigación, guiados por el misterioso radar del sentido histórico y la pequeña luz que se desprende del crucigrama de unos apuntes, podríamos dar con ellas.

ERMITA DE LOS SANTOS MARTIRES

El historiador de Medellín, que escribió a mediados del siglo xvii, don Juan Solano Figueroa y Altamirano, menciona esta ermita como algo que subsistía aún, pero nos deja la duda de sus

titulares, ya que el nombre genérico de los Santos Mártires bien pudiera hacer referencia a los que murieron en la persecución de Nerón, San Eusebio y San Palatino y sus nueve compañeros, hijos de Medellín, de los que el martirologio romano menciona en el 5 de Marzo o pudiera aludir a los santos Fabián y Sebastián, de los que consta hubo una cofradía en la parroquia de San Martín, con la aprobación del Pontífice León X, año 1504, con los fines específicos de: A) Dar culto a los citados mártires. B) Socorrer las necesidades de los pobres. C) Costear las exequias de los moribundos necesitados, y a la cual sólo podían pertenecer los hijosdalgos de notoria nobleza, como eran los Portocarreros, Monroy, Mesía, Porres, Sandoval, Saavedra, etc.

Esta ermita estaba en pleno ejido, junto al camino que hoy llamamos de Guareña y Valdeterres o de la Estación, lugar próximo a la Calzada Romana, que procediendo de Córdoba pasaba por el puente para ir a Mérida. Se trate de unos mártires o de otros, lo cierto es que estaba situada en el lugar descrito, como un homenaje a los hombres que supieron defender su fe, corroborándola con la rúbrica de su sangre en el martirio.

El historiador Eduardo Rodríguez Gordillo menciona esta ermita como copia de Solano de Figueroa y dice que tuvo que desaparecer sobre el siglo XVIII. El es partidario de que la dedicación de dicha ermita fuera a San Fabián y San Sebastián, alegando como argumento que de haber sido a San Eusebio y San Palatino hubiera quedado consignada por el famoso arcipreste, que escribió precisamente la biografía de dichos mártires.

LA DE SAN RAIMUNDO

En la margen derecha del Guadiana, en un monte, que por efecto óptico parece más bajo que el cerro del Castillo, pero que le supera a éste en realidad unos diez metros de altura, existió por los años del 862 un famoso pastor que cuidaba por estas latitudes sus ganados, que era un prodigio de caridad y un dechado de virtudes, que murió en olor de santidad, aclamado por todo el pueblo cristiano sobre el año 883 y que precisamente por esta circunstancia es llamado este cerro el de San Remondo o San Raimundo.

En lo alto de su cima se encuentran aún hoy día vestigios de

antiguas edificaciones, tipo ermita, que aun las únicas fuentes de información que tenemos y que ya están citadas reiteradas veces son los restos de la antigua ermita dedicada al santo pastor de Medellín, cuya devoción perduró muchos siglos, de padres a hijos y que al parecer aún se guarda en el subconsciente de la historia, pues aunque nadie lo sabe explicar es un hecho que Medellín los lunes de Pascua acude en masa a la falda de este monte para las romerías y las «Bollas». El propio Rodríguez Gordillo hace alusión clara a que la fiesta del Santo se celebraba la fecha siguiente a la Resurrección. Este hecho, ya tradicional y como digo inconsciente, es el recuerdo anual de las desaparecidas fiestas que un día tendrían lugar, con gran esplendor, en la cima del Remondo, donde hoy sólo queda la huella de una ermita que desapareció.

ERMITA DE SAN PABLO

Debió de existir, a juzgar por los pocos datos que tenemos, sacados de las alusiones históricas, en la antigua plazuela, fuera de la muralla romana, junto a Porta Coeli, que se llamó siempre de San Pablo y en la cual había una cruz de piedra, con graderío, y que hoy está colocada en el paseo del Campo, por disposición del entonces párroco de Santa Cecilia, don Juan Pedro Lozano, año 1860, respetada incluso en la guerra de los franceses y la nacional del 1936.

En diversas ocasiones los historiadores de la villa de Medellín se han preguntado si San Pablo estuvo alguna vez por estos parajes romanos aprovechando el paso de las vías de comunicación de entonces como eran las Calzadas.

La sola sugerencia pudiera graciosamente hacer sonreír a cualquiera, e incluso considerarla como algo infantil, fruto de una imaginación apasionada y sin lógica. Sin embargo son muchos los que de una manera directa o por alusión hacen mención de este dato histórico, si no del propio apóstol, sí de alguno de sus destacados discípulos, si tenemos en cuenta que era Medellín una de las principales colonias de la Lusitania y punto obligado en las rutas de la cultura y de la civilización de su tiempo y los apóstoles usaron precisamente estos medios para la propagación del Evangelio.

Dejando a un lado estas cuestiones de especialización histórica, hay un hecho cierto: La mucha devoción que siempre Medellín tuvo al Apóstol de las gentes y la reacción psicológica del pueblo ante la supresión de la fiesta de San Pedro y San Pablo. Este hecho replica que precisamente a extramuros, como en Roma, Medellín guardará un recuerdo a San Pablo en la ermita, que debió ser destruida con la llegada de las fuerzas del general Víctor, después de la desastrosa batalla del 28 de Marzo de 1809, pues la guarnición francesa permaneció en el castillo por espacio de casi tres meses, destruyendo gran parte de nuestra riqueza arqueológica.

LA DE SAN MIGUEL

La existencia de esta ermita metelinense, dedicada a arcángel de las milicias celestes, ubicada junto a la antigua portada de la muralla que unas veces se la llama del Coso y otras de Santiago, se lo debemos a la mención que de ella hace don Juan Solano de Figueroa y Altamirano, que incluso pudo él contemplar, como deja anotado. Fuera de esta mención nada hemos podido encontrar, aunque sí es cierto que junto al lugar indicado por el arcipreste y próximo a las ruinas del antiguo palacio del Conde de las Atalayas existieron vestigios de cuanto se afirma y aún hoy día existe una portada que la voz popular llama como puerta de iglesia. Esta ermita, por lo mismo, estaba colocada al Este de la villa, ya en la falda baja del castillo, junto al Ortigas, ignorándose el porqué de su advocación y cuanto concierne a la misma.

ERMITA DE SAN BLAS

Siguiendo nuestro recorrido topográfico, cinturón espiritual de nuestra villa, jalonado de ermitas de nuestros antepasados, llegamos al montículo que, camino de Mengabril, se dirige al actual cementerio, y en la altiplanicie, desde la que se pueden contemplar los dos pueblos, una tradición que aún se comenta y que está en la mente de todos, nos hace colocar la ermita de San Blas.

La existencia de dicha ermita, además de leerla en el señor Solano, la volvemos a ver en los apuntes del párroco de San Mar-

tín, que personalmente pudo conocer aun en su tiempo, los derribos de sus paredes.

La ermita, que debió estar siempre muy bien atendida, dada la proximidad del casco urbano, sirvió en ocasiones para solucionar el problema, bastante frecuente entonces, de las inundaciones del río Guadiana, como consta se hizo la noche del 20 de Diciembre del año 1603, noche en que la crecida impresionante derribó el antiguo y famoso puente romano, al ser inundado todo el convento de los padres franciscanos, cuyos restos arqueológicos pueden verse aún junto a la margen izquierda del Ortigas, los religiosos, llevaron el Santísimo a la citada ermita de San Blas, que por su privilegiada situación de altura y de proximidad al convento era verdadera garantía de seguridad y de decoro.

Debió ser destruida con la ocupación de las fuerzas del general Víctor después de la batalla de Medellín. El historiador Rodríguez Gordillo comenta en sus apuntes que tanto los restos de la ermita como los terrenos colindantes que a ella pertenecían fueron vendidos en la cantidad de 400 reales al vecino de esta localidad Eladio Gómez Sánchez el año de 1886, autorizándolo el párroco de Santa Cecilia, don Salvador Juanes García, a cuya demarcación pertenecía la citada ermita.

De todas las ermitas metelinenses citadas, tal vez la que más clara huella ha dejado en los tiempos presentes sea esta de San Blas, cuyas fiestas se siguen celebrando aún el 3 de Febrero, que junto con la Candelaria constituyen siempre un foco de espiritualidad típico de Medellín y de su comarca, pues la imagen de San Blas, una vez destruida su ermita, recibió culto en la de Santa María del Castillo, después en San Martín y en la actualidad lo sigue recibiendo en Santa Cecilia, a cuyas plantas van todas las madres con sus hijos recién bautizados para que el santo protector de la infancia les proteja durante su vida.

Con motivo de tener que edificar un nuevo cementerio para Medellín, pues los enterramientos del Castillo no podían continuar, se pensó en los antiguos terrenos de la antigua ermita del santo, lo suficientemente apartado del pueblo y lo suficientemente aireado y sano para su emplazamiento. Intereses creados, amigos de los dueños de Regiones Devastadas, que estaban levantando las ruinas del Medellín de la postguerra, prevalecieron sobre la opi-

nión popular y sobre la lógica, y el nuevo cementerio se edificó en otro lugar más pantanoso y más distante, razón por la cual nuestros muertos, antes de edificar los actuales nichos, que tenían que ser sepultados en tierra, al cavar sus fosas salía una gran cantidad de agua, sobre la cual había que colocar los féretros.

Tal vez por esta razón, un adagio va de boca en boca y sintetiza todo el proceso: En Medellín ahogan los muertos, o ahogados después de muertos, no es posible revivir.

He aquí los pocos datos que hemos podido recoger de la historia con relación a estas ermitas de nuestra periferia metelinense, que si en sí son insuficientes, son lo bastante probativas de su antigua existencia y de la fe de nuestros mayores aun con las costumbres de cuantos nos precedieron y que acudían a estas ermitas, estratégicamente colocadas, como la auto-defensa de una espiritualidad sui generis, en cuya protección celeste confiaban.

Casi, casi, para terminar, podríamos evocar al poeta; al poeta de las lamentaciones, al poeta que habiendo visto Itálicas famosas, luego ha de cantar su pena y su dolor con la añoranza de su musa, ante los «campos de soledad», «mustios collados», que en otros tiempos estuvieron coronados de siluetas de fe y espadañas de recuerdos.

FRANCISCO GARCIA SANCHEZ
Parroquia de Santa Cecilia